

*Soldados del Segundo Batallón del Regimiento nº 35 de la 25ª División de Infantería de Estados Unidos en marcha por un valle afgano.*



ARMY IMAGES/JEREMY A. CLAWSON

# MÁS SOLDADOS PARA AFGANISTÁN

por Ignacio Fuente Cobo

Siete años después de la invasión norteamericana de Afganistán, al amparo de la Resolución 1368 (2001) del Consejo de Seguridad de la ONU, en la que se instaba a todos los Estados miembro a tomar todas las medidas que fueran necesarias para responder a los ataques del 11-S y a combatir el terrorismo en todas sus formas, casi todos los análisis indican que la situación de seguridad en este país ha sufrido un deterioro preocupante. Si en los primeros tiempos, y al amparo de la operación multinacional denominada Libertad Duradera (LD), los EEUU lograron importantes éxitos incluyendo la caída del régimen de los talibanes del Mullah Omar y el establecimiento de un Gobierno provisional en Kabul, la falta de un número suficiente de soldados arruinó las posibilidades de una victoria contundente y permitió la huida de los principales líderes rebeldes,

incluido Bin Laden. Este grave error inicial en cuanto a los planteamientos estratégicos y el diseño operativo se está pagando muy caro hoy en día. De esta manera, si en el 2002, apenas 4.000 soldados norteamericanos estaban buscando a Bin Laden en las montañas de Tora Bora, hoy hay más de 31.000 soldados repartidos entre ISAF y LD, lo que supone un porcentaje de aumento mucho mayor que en Irak. Igualmente, si la Fuerza Internacional de Asistencia a la Seguridad -ISAF- contaba con apenas 8.000 hombres cuando empezó su despliegue en Kabul en el 2003, en diciembre de 2008 consta de 51.000 efectivos, seis veces más en apenas cinco años. En total, el número de fuerzas occidentales se ha multiplicado por ocho desde los momentos iniciales de la invasión, sin que este incremento se haya traducido en una mejora significativa de la situación de seguridad.

Una consecuencia directa es que muchos afganos ahora perciben que su país es menos seguro de lo que lo era en el 2001. Aunque Afganistán cuente con un gobierno teóricamente democrático, y la población afgana haya experimentado ciertas ventajas económicas y sociales derivadas de lo que se ha denominado como periodo de estabilización, puede decirse que las operaciones militares internacionales han fallado en alcanzar su objetivo principal que era el de garantizar la seguridad en Afganistán, de manera que se pueda crear un ambiente favorable tanto para el ejercicio de las funciones esenciales de una democracia como para su desarrollo económico. Errores tácticos, como los controvertidos ‘daños colaterales’ en las acciones militares de las fuerzas internacionales, han contribuido a minar la confianza de la población en sus propias autoridades y en la seguridad que les proporcionan las fuerzas internacionales, e incrementado recíprocamente el apoyo a los talibanes. Como afirma el General David Petraeus, Jefe del Mando Central de Estados Unidos y responsable del teatro de operaciones afgano al referirse a la estrategia aplicada, “obviamente las tendencias en Afganistán han estado yendo en la dirección equivocada”.

Así lo reconoce, igualmente, la última Estimación Nacional de Inteligencia norteamericana, documento publicado poco después de las elecciones de noviembre de 2008, donde se describe un país sometido a una espiral descendente de violencia y caos y en el cual los éxitos tácticos en el campo de las operaciones militares y de las acciones de reconstrucción, no están siendo suficientes para impedir una eventual derrota estratégica. La razón principal se encuentra en el auge de una insurgencia talibán financiada por un lucrativo negocio de las drogas, y enfrentada a unas tropas internacionales que se han mostrado claramente insuficientes en número y en capacidades militares para desmantelarla. Puede decirse que la combinación de un gobierno débil, serios errores en cuanto a la planificación de los objetivos estratégicos, falta de voluntad de intervenir en el problemático campo de la lucha contra el narcotráfico

y escaso esfuerzo de reconstrucción han incrementado el vacío de seguridad, lo que impide el desarrollo económico y favorece la extensión de la insurgencia. Este deterioro de la situación se ha visto reforzado por el establecimiento de bases seguras talibanes en las áreas tribales de Pakistán y en la provincia de Baluchistán.

### MISIÓN HÍBRIDA

De esta manera, el objetivo inicial de capturar o matar a Bin Laden y destruir la estructura de Al Qaeda en Afganistán, incluyendo el gobierno talibán, se ha ido transformando a lo largo de los años en una misión híbrida, de perfiles poco claros, en la que al tiempo que se combate un terrorismo de carácter religioso y cada vez más nacionalista, se busca convertir Afganistán en algo parecido a un Estado, tan democrático como sea posible y, cuanto menos, viable. Aunque hay que reconocer cierta lógica a este doble planteamiento -un Afganistán estable con un gobierno central sólido, impediría el retorno de los talibanes y de sus aliados, los terroristas de Al Qaeda-, cada vez resulta más evidente la dificultad de llevarla a cabo. ¿Qué es lo que se puede hacer para cambiar en el corto plazo esta ecuación adversa en una misión que cada vez tienen menos de reconstrucción y mantenimiento de la paz y más de lucha clásica contrainsurgencia?

En primer lugar, hay que asumir que la estrategia aplicada hasta la fecha no ha resultado efectiva y que es necesario aplicar las correcciones necesarias para transformarla en una ‘estrategia de éxito’ creíble. En segundo lugar hay que reconocer que el binomio seguridad más desarrollo sigue siendo el pilar básico de la solución afgana. No existe una solución exclusivamente militar, porque como reconoce el General David Mackiernan, Jefe de las fuerzas norteamericanas en Afganistán, “no se trata sólo de más soldados, sino también de más gobierno, más ayuda económica y más apoyo político”. Ahora bien, aunque esta última afirmación siga siendo cierta, también lo es reconocer que lo que precisa Afganistán en estos momentos es, sobre todo, aumentar su seguridad, principalmente en las regiones del sur y del

este, donde la insurgencia es más fuerte. Y para ello se requieren más tropas. En tanto en cuanto las fuerzas internacionales o las propias del Gobierno afgano no sean suficientes para -como afirma el Almirante Mike Mullen, Jefe de Estado Mayor de la Defensa de Estados Unidos-, “ganar los combates, pero también para conservar el terrenos que ocupamos” y evitar así que la guerrilla talibán se mueva libremente aterrorizando a la población civil, las acciones de desarrollo no tendrán un impacto significativo en la mejora de la situación. Ahora bien, la pregunta que se plantea es: ¿cuántas fuerzas son necesarias y cómo emplearlas?

La respuesta más inmediata pasa por repetir en Afganistán la solución aplicada en Irak desde el 2007, y a la que se atribuye la causa principal de la drástica reducción de la violencia en este país en los últimos tiempos. Esta consistiría en un aumento temporal y limitado de tropas que, a semejanza de la famosa *Surge* norteamericana en Irak, contribuyera a estabilizar la situación militar y sirviera de catalizador para un cambio favorable en el actual proceso de deterioro de la seguridad. Como afirma el General Dan McNeil, ex Jefe de la ISAF, lo que Afganistán necesita en estos momentos son “más unidades de maniobra, más máquinas voladoras y mejor inteligencia”. Ésta es la aproximación que parece haber adoptado la administración norteamericana del Presidente Barak Obama, que ha prometido un incremento de 30.000 soldados para el verano de 2009 -incluyendo probablemente cuatro brigadas veteranas de Irak, más una de helicópteros-, los cuales se desplegarán principalmente en Kabul y en el sur. De esta manera, el número de efectivos en el país aumentaría a más de 60.000. Ahora bien, por muy atractiva que parezca, esta solución no es tan sencilla como parece. No sólo Afganistán no es Irak, sino que habrá que ver si estas tropas de refresco serán capaces de desplegarse con la suficiente rapidez y en suficiente cantidad como para que su acción se haga sentir en las ofensivas de la próxima primavera.

Con un territorio que es un tercio mayor en tamaño que el de Irak, pero mucho más accidentado, y una población que se estima superior en más de tres millones a la iraquí, pero con mayor complejidad étnica, la experiencia histórica de guerras contrasubversivas en terrenos complicados indica que se necesitarán más de 500.000 hombres para sofocar la amenaza talibán y de Al Qaeda. Como afirma el Teniente Coronel norteamer-



El General norteamericano David Mackiernan.

ricano en situación de retiro John Nagl, considerado como uno de los mayores expertos en lucha contrainsurgencia, y autor del libro *Cómo comer sopa con un cuchillo: lecciones de la guerra contrainsurgencia de Malaya a Vietnam*: “En Afganistán se trata de una insurgencia rural más que urbana, por lo que la población está muy esparcida territorialmente, lo que exige un gran número de tropas para controlarla”.

Contando con los refuerzos norteamericanos mencionados, Afganistán tendrá dentro de unos meses unos 100.000 soldados internacionales (incluidos 31.000 aliados europeos y de otros países), a los que hay que sumar unos 70.000 efectivos del ejército afgano, si bien sólo la mitad de estos puede considerarse útil para el combate.

¿De dónde van a salir, por tanto, el resto de fuerzas necesarias hasta el nivel “que sea necesario”, que recla-

**Hay que reconocer que no existe una solución exclusivamente militar; el binomio seguridad más desarrollo sigue siendo EL PILAR BÁSICO de la solución al problema afgano**

ma el Secretario General de la OTAN, el holandés Jaap de Hoop Scheffer? Una pequeña parte saldrá probablemente de los países aliados, principalmente europeos, cuyos gobiernos parece que muestran una gran predisposición, incluso entusiasmo, para colaborar con la nueva administración norteamericana, en la que advinan un nuevo tono distinto al de la anterior. A todo ello se añade el interés que muestran los países europeos en que se les considere como socios estratégicos responsables y fiables. En unos momentos en los que el clima político entre ambas orillas del Atlántico parece haber cambiado sustancialmente, sería lógico que si los norteamericanos aumentan sus tropas en Afganistán los europeos deban hacer otro tanto. Así lo entiende el Secretario General de la OTAN, que ha pedido repetidamente a los aliados europeos que aumenten sus niveles de fuerzas en Afganistán y, sobre todo, que levanten las llamadas "caveats", las restricciones que ponen los países en cuanto a las condiciones y los lugares de empleo de sus tropas y que impiden, por ejemplo, a las fuerzas alemanas desplegar en el sur o a las españolas emplear la fuerza en funciones que no sean de autodefensa.

#### RECORTES DE PERSONAL Y MATERIAL

El problema es que a la hora de desplegar nuevas fuerzas, a los europeos no les sobran en estos momentos muchos soldados para enviarlos a este escenario difícil, lejano y peligroso. No se trata tan sólo de que los europeos ya proporcionen la mitad de los 51.000 efectivos que componen actualmente la fuerza de la ISAF, sino que los recortes de personal y material de los últimos años han puesto a sus fuerzas armadas al límite de su capacidad de asumir nuevos compromisos. Todo ello en unos momentos en los que los europeos se están embarcando en nuevas operaciones militares en África, sin haber terminado de completar las de los Balcanes.

Ahora bien, existen en el ámbito europeo algunas fuerzas multinacionales con las que es preciso contar. Es muy posible que podamos asistir en un futuro próximo a un debate sobre la posibilidad de emplear en escenarios tan complicados como Afganistán a alguno

de los 15 denominados Grupos de Combate con que cuenta la Unión Europea desde el 2007. Cada uno de ellos con unos 1.500 efectivos de los tres ejércitos, su misión teórica es la de gestionar crisis locales en todo el mundo. Sin embargo, el hecho de que estas fuerzas, sólo en parte multinacionales, no hayan sido empleadas recientemente en lugares como Chad o la República Democrática del Congo plantea serias dudas sobre la capacidad operativa de las mismas y sobre la voluntad real de los gobiernos que contribuyen con tropas de emplearlas efectivamente.

Otro tanto podría decirse de la Fuerza de Respuesta de la OTAN, creada en la cumbre atlántica de Praga del 2002. Esta Unidad, de hasta 20.000 efectivos de los tres ejércitos y fundamentalmente europea, debería haber servido como un catalizador de la transformación de las capacidades militares de la Alianza y como exponente de la voluntad de la misma de comprometerse en escenarios de conflicto fuera de los límites geográficos impuestos por el tratado de Washington. Y todo ello para hacer frente a lo que se ha venido denominando como las nuevas amenazas. La verdad es que siete años después de su creación, sus resultados pueden calificarse de poco brillantes. Los aliados nunca se han puesto de acuerdo en considerarla como la reserva estratégica de la OTAN y poder así desplegarla en Afganistán, ni siquiera en circunstancias tan extraordinarias como fueron las elecciones presidenciales de 2004. Tan sólo se ha empleado con carácter muy limitado en Pakistán durante el terremoto de 2005 y en una operación de ayuda humanitaria poco exigente desde el punto de vista militar.

Por tanto, y con británicos, alemanes, franceses y holandeses como principales contribuyentes, lo más probable es que los países europeos acepten en los próximos meses realizar esfuerzos adicionales para compartir la responsabilidad de la ISAF en Afganistán, pero con un alcance limitado y por medio de compromisos nacionales individuales. Estos esfuerzos se centrarán posiblemente en un cierto incremento de sus niveles de fuerzas de combate con la vista puesta en la seguridad durante las elecciones previstas en el 2009,



ARMY IMAGES/THOMAS CHILDS

*Tropas del Equipo Provincial de Reconstrucción de la 10ª División de Montaña de EEUU, en una misión de observación en la zona de Gorn.*

en una cierta exhibición en la interpretación de los caveats que permita aumentar la capacidad operativa de las tropas y facilite la integración entre las unidades de la ISAF y las asociadas a Libertad Duradera, con el fin de obtener una mayor efectividad y sinergia, y sobre todo en una mayor participación europea en aquellos aspectos en los que tienen una cierta ventaja comparativa en relación con sus socios norteamericanos. La reconstrucción civil, la mejora de las instituciones, la asistencia económica, el asesoramiento en campos como la lucha contra la corrupción y el buen gobierno o el control de fronteras son áreas en las que los europeos se han mostrado siempre muy activos y resultan especialmente atractivas para las opiniones públicas europeas, particularmente reacias a los despliegues militares de sus fuerzas en zonas de combate. Al fin y al cabo, media docena de jueces o policías honestos posiblemente hagan tanto por la seguridad de este país como media docena de batallones.

El resto de las fuerzas necesarias para incrementar la seguridad tendrán que salir del propio Afganistán. Aparte de los aproximadamente 40.000 afganos que operan bajo el paraguas de compañías privadas de seguridad, y a las que el Presidente Hamid Karzai ha acusado repetidamente de convertirse en una estructura paralela a las fuerzas de seguridad afganas y de ser incapaces de distinguir entre población civil y combatientes talibanes, está previsto que el ejército afgano se doble en número para el 2012. Ahora bien, aquí se plantean dos problemas. El primero es el tiempo; 2012 es una fecha demasiado leja-

na como para responder a la necesidad de incrementar los niveles de seguridad, cuyo carácter es mucho más inmediato. El segundo problema es de dónde sacar y cómo financiar los medios necesarios -incluidos más de 3.500 instructores militares- para equipar, adiestrar y desplegar las nuevas unidades afganas que se vayan creando. No hay que olvidar que Afganistán es un país muy pobre y todavía nadie ha explicado como se las va a arreglar para mantener y pagar un ejército superior a los 160.000 hombres con que contará para esas fechas. Todo ello por no hablar de cómo va a garantizar su lealtad al Gobierno central, en un país tan dividido como Afganistán.

La conclusión que se extrae de todo lo anterior es que sin un cambio sustancial en la voluntad internacional no será posible conseguir en un plazo de tiempo razonable el número de tropas necesario para invertir la situación de seguridad en Afganistán. A todo lo más que se puede aspirar es a que el incremento limitado de fuerzas occidentales, principalmente norteamericanas, permita ganar el tiempo suficiente para explorar nuevas opciones dentro de una estrategia más coherente para Afganistán. Éstas pasan necesariamente por lograr una mayor integración de los esfuerzos militares con los diplomáticos, económicos y políticos, un enfoque más realista de las prioridades y del nivel de ambición de la comunidad internacional en Afganistán, un mejor conocimiento y comprensión de las realidades del país -incluidas sus estructuras tribales tradicionales-, y una mayor capacidad de negociación con todos los actores, incluidos los elementos talibanes. ■

**A los países europeos no les sobran en estos momentos MUCHOS SOLDADOS a la hora de desplegar nuevas fuerzas para enviarlos a este escenario difícil, lejano y peligroso**